

## COCORÍ Y LA LECTURA OBLIGATORIA

Carlos Rubio\*

### ABSTRACT

This article attempts to establish dialogues between literature and education from *Cocorí* reading in primary-school. A brief historical review of the origins of children literature in the Escuela Normal de Costa Rica and the fundamental role of Joaquín Gutiérrez as the ideologist behind this institution is offered. García Monge's work is stood out along with that of the children literature writers developing by his side. This context is the framework of analysis of the incidence of compulsory reading in primary school and the formation of reading habits among younger generations.

**Key words:** children literature, literature-education dialogism.

### RESUMEN

A partir de la lectura de *Cocorí* en el contexto escolar, el artículo intenta establecer diálogos entre literatura y educación. Se hace una breve reseña histórica a los orígenes de la literatura "infantil" costarricense en la Escuela Normal de Costa Rica y del papel fundamental de Joaquín García Monge como ideólogo de la misma. Se destaca la obra de Joaquín Gutiérrez dentro del grupo de escritores que elaboraron textos dirigidos a niños y que se formaban al lado de García Monge. Tal contexto sirve como marco para analizar la incidencia de la lectura obligatoria en el contexto escolar y la formación de hábitos lectores en las más jóvenes generaciones.

**Palabras clave:** Literatura infantil, dialogismo literatura-educación.

Si Cocorí pudiera asomarse a una poza de agua tranquila y mirar el reflejo de su rostro oscuro y sus encías rojas, se preguntaría a qué se debe tanta opinión encontrada sobre su largo periplo en busca del misterio de la muerte de la rosa. Él habitaba la vasta selva de un libro y desconocía los complejos caminos que ha debido recorrer en los últimos días. Se le ha visto en la prensa escrita, la televisión y los estrados académicos. No creo equivocarme al pensar que mucha gente deseó mirar a Cocorí sentado en un banquillo de acusados para preguntarle, bajo el debido juramento:

—Joven, ¿es usted activista del racismo?  
¿Pertenece a alguna organización que fomente las desigualdades étnicas?

Y se nos olvida que Cocorí es un personaje de papel, es un símbolo, es ficción y ante todo, literatura. Cocorí es arte, aunque parezca obvio recordarlo en un coloquio organizado por la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura. Y mi insistencia en su condición artística se fundamenta en que el sistema educativo lo ha convertido un discurso más parecido a un libro de texto que a un libro literario, principalmente a partir de 1995, año en que esta obra de don Joaquín Gutiérrez empezó a evaluarse en las Pruebas Nacionales de Segundo Ciclo.

Los diálogos entre educación y literatura son conflictivos, pues ambas manifestaciones de cultura responden a naturalezas muy distintas. Bien podríamos afirmar que el discurso literario apela a los saberes del que escribe y el que lee, mientras que el texto educativo se apoya en

\* Licenciado en educación. Profesor de Literatura Infantil en la Escuela de Formación Docente de la Facultad de Educación en la Universidad de Costa Rica y la División de Educación Básica del Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE) de la Universidad Nacional. Apartado postal: 12715 -1000. Página en la Internet: [www.carlosrubioescritor.com](http://www.carlosrubioescritor.com)

conocimientos. Y aunque, las tendencias pedagógicas del siglo XX se inclinaron a educar en forma integral y no sólo a fomentar la retención de datos, no debe perderse de vista que los educadores buscamos el aprendizaje de un cuerpo de conocimientos, inserto dentro de un *currículum* que, a su vez, está enmarcado políticamente. Con la literatura no ocurre eso. Nadie lee un poema, un cuento o una novela para adueñarse de conocimientos. Coincido con Pennac (1995: 101) en que el derecho fundamental del lector es el disfrutar el texto y no, necesariamente, aprender de él. El discurso educativo, como bien lo sabemos, puede someterse a procesos de medición y evaluación, mientras que el discurso literario no puede ser evaluado, menos medido, pues está formado por saberes que pueden ser leídos desde múltiples posturas. De hecho, cada estudio literario podría ser visto como una reescritura del texto original, una vuelta a la palabra, una continua e infinita construcción de discursos. Para Borges (1993), es imposible enseñar literatura pues tal como lo dijera en su conferencia “La poesía”, quienes sienten escasamente la poesía, se dedican a enseñarla. Y la poesía “no es enseñable” porque para poder “sentir” su feliz ambigüedad hay que percibir lo alado, etéreo y misterioso que difícilmente puede atraparse en las definiciones de diccionarios y crestomatías. La poesía –y la literatura en sí misma– no se puede enseñar porque constituye un acto, esencialmente, amoroso. Y el amor sólo se puede sentir intensamente, no es posible enseñarlo con la ayuda de una colección de antologías y de doctas clases impregnadas por la razón. Graciela Montes (1999: 89) lo señala claramente:

A la escuela la sorprende y la sobresalta la literatura, no sabe bien dónde ponerla, qué hacer con ella; a veces parece que la llevara en brazos como un paquete engoroso, trastabillando con él, dejándolo caer por cualquier sitio.

Por eso, durante unos minutos compartiré algunas reflexiones generadas en el Proyecto de Investigación *El efecto de la lectura de textos literarios en los hábitos lectores de estudiantes de*

*Segundo Ciclo en la Escuela Rincón Grande de Pavas*, auspiciado por la División de Educación Básica del Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE) de la Universidad Nacional. Precisamente por eso, intentaremos hacer una lectura de *Cocorí* desde la perspectiva de la cultura escolar y me permitiré compartir con ustedes algunas impresiones generadas por los docentes que participan en el citado proyecto.

Primero que todo quiero señalar que las relaciones entre el hecho educativo y una literatura pensada en los niños no es nueva en el país. Ya la profesora Margarita Dobles afirmaba (1984: 93) que la literatura infantil costarricense nació en una cátedra. Y es que aún en las primeras dos décadas del siglo XX no se publicaba un texto que estuviera destinado, por completo, al disfrute de los más pequeños. Desde las *Breves lecciones de Aritmética*, aparentemente la primera obra dedicada a jóvenes en nuestro país, dada a conocer por el bachiller Osejo en 1830, se había privilegiado la producción de libros de corte moral, catequista o didáctico. Fue don Joaquín García Monge, en 1919, a su regreso de su viaje de estudios por Chile, quien fundó la Cátedra de Literatura Infantil en la Escuela Normal de Costa Rica, institución inaugurada por el presidente Alfredo González Flores en 1914 con la finalidad de formar maestros, guiados por un renovador pensamiento pedagógico. Si debemos señalar un pionero de la literatura destinada a los niños en nuestro país, ese es don Joaquín García Monge. Él nunca escribió específicamente para niños, pero su ideario fue determinante en los autores que se dedicaron a esa tarea en un período que podríamos señalar desde 1920 a 1975. Y es que don Joaquín García Monge, aparte de iniciar la revista *La edad de oro*, fundamentada en la visión martiana, fue el primer profesor de esa materia en Costa Rica y, de esa forma colocó al país a la vanguardia. Es más, Dobles considera que la única cátedra de literatura infantil que existía, en ese entonces, en América Latina, se hallaba en Uruguay; la segunda estuvo en Costa Rica. En 1921, Carmen Lyra se encargó de la cátedra. En 1926, ella entregó el estudio y la investigación de la literatura para niños a Carlos Luis Sáenz, y éste a su vez, a Adela Ferreto. De tal forma que, los

primeros maestros de la cátedra se convirtieron, por quién sabe qué encantamiento, en autores de los primeros textos literarios dedicados a los niños, textos, por supuesto, lejanos de la moraleja fácil, de la doctrina didáctica, de los programas de estudio (que hoy llamaríamos *currículum*). Estos autores supieron imaginar y crear mundos de magia, donde imperó el hecho estético, y jamás el afán de enseñar. Don Joaquín García Monge no sólo haría una lectura detallada de esos libros, sino que los publicaría en cuidadas ediciones. Y su pensamiento acerca de lo que se escribiría pensando en los niños sería determinante para aquellos jóvenes discípulos, colaboradores y escritores.

El maestro García Monge daba un lugar preponderante al folclore. Bien diría en 1949:

Parte del programa de Literatura Infantil en una Escuela Normal sería adiestrar a los futuros jóvenes maestros en la recolección del folclore. (...) Con esta riqueza, sería posible crear o recrear estas naciones desorientadas –en lo fundamental de su cultura– como un poder propio, como un estado de conciencia. (...) No hay literatura mejor para aficionar a leer a los niños –por su magia, por su lenguaje, por sus asuntos, por las vivencias que contiene– como la literatura folclórica, como expresión directa del pueblo, o ya incorporada y vuelta a decir por los autores nacionales, los que de veras sienten y comprenden el alma de estos pueblos. (Citado por Ferrero, 1988)

Y no es extraño que Carmen Lyra nos lea en *Cuentos de mi tía Panchita*, relatos que ya había recopilado Fernán Caballero en España, los hermanos Grimm en Alemania, Laboulaye en Francia o Joel Chandler Harris entre los originarios de Africa en el Sur de los Estados Unidos. María Leal de Noguera, otra ex-alumna de don Joaquín García Monge da a conocer en *Cuentos viejos* (1921) textos cuyo origen se remonta a la tradición griega, latina y africana. Carlos Luis Sáenz, en *Mulita mayor* (1949) hace dialogar el recuerdo de su infancia con rondas, juegos y tradiciones cuyo origen podría remontarse al contexto árabe, hebreo y español.

Dentro de este grupo de escritores, la cual no lo podemos encuadrar en una generación determinada, debemos agregar el nombre de Joaquín Gutiérrez. Y es que bien sabemos

que el joven Gutiérrez fue un asiduo colaborador y confeso discípulo de Joaquín García Monge. Y en esa “cofradía” de escritores, que oyeron al maestro García Monge y que escribieron una literatura que puede ser leída por todos, incluidos los niños, quien produce una ruptura es Joaquín Gutiérrez. Y dicha ruptura se halla en crear una novela que no se fundamenta, exclusivamente, en la tradición oral. Leo Lionni (1985: 28) afirma que “un buen libro para niños es, inevitablemente, una autobiografía”. Y posiblemente no viene al caso buscar la inscripción biográfica del autor en *Cocorí*. Lo importante es que todos los que leímos a *Cocorí* de niños nos sentimos biografiados en el texto. Leer esta novela, en cualquier momento de nuestra vida, despierta al niño que habita dentro de nosotros.

*Cocorí* ya no es lectura obligatoria para los estudiantes de segundo ciclo. A pesar del carnavalesco desfile de opiniones creado por la prensa, la discusión, en este momento, debería orientarse a valorar los efectos de la lectura obligatoria en los estudiantes y no a la connotación racista que algunos lectores dicen encontrar en *Cocorí*.

¿Es la lectura una prioridad para los costarricenses? El Instituto de Estudios Sociales en Población (IDESPO) de la Universidad Nacional (2000: 7), dio a conocer que el 91% de los habitantes de la gran área metropolitana consideran que leer es “muy importante”, pero se observa que el 90% lo hacía con la finalidad de educarse, que el 4% por necesidad u obligación, el 2% ofreció varias razones y tan solo un 1% afirmó que tiene el hábito de la lectura. En un estudio más reciente de IDESPO, (Gólcher 2003: 14A), el 60% de los costarricenses considera que las escuelas no estimulan el hábito de la lectura y se reconoce que leer por obligación no tiene resultados satisfactorios. Por eso, a lo que sí debemos poner atención es al reto que hoy tienen los educadores y los estudiantes de educación primaria en lo que se refiere a lectura. Son ellos quienes deben seleccionar los textos que desean leer. Esa elección debe llevarse a cabo tomando en cuenta los intereses, las necesidades y las culturas que se dan encuentro en el aula. Y aquí, la pedagogía puede encontrar respuestas en las palabras de un

poeta. Es Borges quien, en ese sentido, hace un llamado enfático. “La idea de lectura obligatoria es una idea absurda: tanto valdría hablar de felicidad obligatoria”. Y es la sensación de la felicidad lo que interesa al poeta argentino. La *poesis* –o la literatura en sí misma–, es ambigua. “Los versos son felices porque son ambiguos”, expresa Borges y nos hace pensar que el sentido original de la escuela: una casa de recreo. Tal re-creo podría leerse de diferentes formas. No se trataba de un lugar de ocio, sino de re-crear, volver a crear lo aprendido. La felicidad no es precisa, es imprecisa “como el espejo, el espejo de la penumbra”, sigue diciendo el escritor. Es impreciso como el rostro de Cocorí reflejado en la poza. Él da una palmada en el agua y su rostro se quiebra en multitud de fragmentos, como si se tratara de una multitud de lecturas, infinitas y posibles. Nada que se haga por obligación podría encontrar felicidad y, precisamente en segundo ciclo, formábamos estudiantes que no seleccionaban, de manera autónoma, lo que deseaban leer. Esperaban las instrucciones de los profesores, quienes a su vez, esperaban instrucciones de la Asesoría Nacional de Español del MEP, quien a su vez, esperaban más instrucciones de los organismos internacionales que facilitan préstamos y donaciones millonarios.

Dentro de un sistema complejo, donde existen muchos intereses ideológicos –que comprenden los económicos–, el deseo de niños y adolescentes parece quedar subyugado a criterios de autoridad. Son autoridades que dictan qué y cómo se lee dentro de la institución escolar.

Pero, ¿será Cocorí expulsado de las aulas? Quiero rescatar el pensamiento de algunos maestros que participan en el proyecto de investigación citado, desarrollado por la UNA en una comunidad de atención prioritaria. Debo señalar que realicé una jornada de reflexión y análisis de **Cocorí** con quince docentes que atienden a niños de segundo ciclo y aunque sus opiniones no reflejen por completo el pensar del magisterio costarricense, puede arrojarnos una aproximación al futuro de esta novela en el contexto de la escuela. Entre los maestros, sólo uno descartó su lectura, aludiendo que carece de actualidad y que ya

no es tan atractivo para la niñez. Los catorce restantes expresaron criterios como los siguientes:

En primer lugar a los niños les gusta, tiene un sentido del humor muy bonito, no es aburrido y se presta para hacer dramatizaciones.

Creo que bajo ningún motivo don Joaquín pudiese pensar en herir sentimientos a un ser humano. La filosofía del libro *Cocorí* es de amor, experiencia, descubrimiento, de aprender de la vida y de explotar la sabiduría del mayor. El niño se guía bajo la tutela del mayor. Eso es respeto.

Tengo muchos años leyendo este texto con mis alumnos y nunca se ha escuchado un comentario o comparación odiosa.

La lectura, soy consciente, presenta escenas racistas. Sin embargo, la visión del docente a este respecto haría la diferencia. El enfoque que queramos darle y presentarlo ante los niños. Se podría resaltar más lo positivo sin obviar los aspectos racistas que todos llevamos dentro...

Desde que lo he trabajado con los estudiantes nunca se ha tomado una perspectiva discriminatoria, sino que los niños se han maravillado al trasladarse a un ambiente natural y que es poco común en la zona donde viven...

Antes de que se generara esta polémica, ya *Cocorí* era leído en escuelas de México, Chile y Holanda. Y estoy absolutamente seguro de que se seguirá leyendo en los centros educativos costarricenses. Porque la niñez sabe disfrutar el verdadero arte sin prestar atención a estériles discusiones políticas. Las jóvenes generaciones seguirán descubriendo el diminuto y sorprendente milagro de la rosa abierta bajo el sol del Caribe.

## Bibliografía

- Borges, Jorge Luis. 1993. *Siete noches*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Dobles, Margarita. 1984. “Costa Rica”. En Uribe, Verónica y Delon, Marianne, (ed.) *Panorama de la literatura infantil en América Latina*. Caracas: 89 – 102.
- Ferrero, Luis. 1988. *Pensando en García Monge*. San José: Editorial Costa Rica.
- Gólcher, Raquel. 27 de abril del 2003. “Ticos creen que escuelas no estimulan hábitos de lectura”. En *La Nación*: 14 A.

González, Hugo *et al.* 2000. *La población costarricense del gran área metropolitana frente a su compromiso hacia la lectura*. Heredia: Instituto de Estudios Sociales en Población (IDESPO), Universidad Nacional.

Lionni, Leo. 1985. "Ante las imágenes". En *Parapara* N° 11: 26 – 33.

Montes, Graciela. 1999. *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Pennac, Daniel. 1995. *Como una novela*. Santafé de Bogotá: Norma.